

FARO *Editorial*

En simple, pero a fondo

Junio, 2026
N°10

ERNESTO SILVA
Director Ejecutivo
Faro UDD

La IA y el orden de la libertad: entre el Papa, el libertario y el senador socialista

El triángulo es casi perfecto en su simetría. El Papa como custodio moral de la humanidad frente a la máquina. El libertario como emprendedor de instituciones dispuesto a todo con tal de atraer capital. El socialista como distribuidor de rentas tecnológicas a través del Estado. Tres respuestas, tres lógicas, tres diagnósticos del mismo fenómeno.

La tradición liberal clásica no se reconoce plenamente en ninguna de las tres. Y precisamente por eso tiene algo que decir en este momento.

En el espacio de dos o tres semanas, tres voces globales fijaron los bordes del debate más importante de nuestra época. El Papa León XIV –quien acaba de realizar un viaje a España que superó todas las expectativas en convocatoria e impacto– publicó *Magnifica Humanitas*, su primera encíclica, dedicada a la custodia de la persona humana en la era de la inteligencia artificial. Javier Milei escribió en el *Financial Times* una columna titulada “Argentina invita a la IA a liberarse”, ofreciendo su país como el nuevo Ámsterdam tecnológico del siglo XXI. Y en Washington, el senador Bernie Sanders presentó el *American AI Sovereign Wealth Fund Act*, proponiendo crear un fondo soberano financiado mediante un impuesto único de 50 por ciento pagado en acciones de las grandes empresas de inteligencia artificial, con participación del gobierno federal en sus directorios.

El triángulo es casi perfecto en su simetría. El Papa como custodio moral de la humanidad frente a la máquina. El libertario como emprendedor de instituciones dispuesto a todo con tal de atraer capital. El socialista como distribuidor de rentas tecnológicas a través del Estado. Tres respuestas, tres lógicas, tres diagnósticos del mismo fenómeno.

La tradición liberal clásica no se reconoce plenamente en ninguna de las tres. Y precisamente por eso tiene algo que decir en este momento.

 @faro_udd

 @faro_udd

 faro udd

 faro@udd.cl

faro.udd.cl

Pero a respuesta liberal clásica no consiste en elegir entre la cautela moral del Papa, la audacia institucional de Milei y la preocupación distributiva de Sanders. Consiste en reconocer lo que cada una ve y corregir lo que cada una exagera...

En el Faro Editorial N°9, sobre la misión Artemis, argumentamos que las grandes apuestas tecnológicas de la humanidad no emergen del vacío: requieren instituciones que reduzcan los costos de transacción, definan derechos y establezcan responsabilidades. En el N°7 recordamos que el progreso sostenido exige una alianza entre innovación técnica, apertura cultural e instituciones flexibles. La inteligencia artificial pone esa alianza a prueba de una manera que ninguna tecnología anterior había hecho con tanta urgencia y con tanto ruido global simultáneo.

La respuesta liberal clásica no consiste en elegir entre la cautela moral del Papa, la audacia institucional de Milei y la preocupación distributiva de Sanders. Consiste en reconocer lo que cada una ve y corregir lo que cada una exagera: sin dignidad humana, la innovación pierde sentido; sin libertad experimental, la regulación asfixia el descubrimiento; sin reglas generales, la concentración privada o estatal termina sustituyendo al orden abierto.

I. Tres voces, un mismo temor

Lo que une a León XIV, a Milei y a Sanders —por distintos que sean en todo lo demás— es que los tres perciben que algo extraordinario está ocurriendo y que las instituciones existentes no están a la altura del momento. En eso los tres tienen razón.

La encíclica *Magnifica Humanitas*, firmada el 15 de mayo en el 135° aniversario de la *Rerum Novarum* de León XIII, es un documento dedicado a los efectos de la inteligencia artificial sobre la dignidad humana. No es un tratado técnico ni una condena de la tecnología. Es, en la mejor tradición de la Doctrina Social de la Iglesia, una actualización del repertorio moral frente a una transformación que el Papa compara en magnitud con la segunda Revolución Industrial.

Su núcleo argumental es la preocupación por colocar al ser humano en el centro, y por la concentración de poder: los algoritmos, las plataformas digitales y los datos son, para León XIV, nuevos bienes comunes que no pueden quedar en pocas manos privadas sin consecuencias para la justicia y la dignidad.

Milei, en cambio, no teme la concentración privada: teme la regulación prematura. En su columna del *Financial Times*, construye un paralelo histórico entre la creación de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales en 1602 — cuando la innovación jurídica de la responsabilidad limitada liberó el potencial del capitalismo— y el momento actual. “La máquina y la entidad legal fueron, juntas, la doble hélice de la prosperidad moderna”, escribe. Su propuesta es concreta: baja regulación, incentivos fiscales, y una nueva figura jurídica de “corporaciones no humanas” operadas íntegramente por agentes de inteligencia artificial, con el objetivo de convertir a Buenos Aires en lo que Ámsterdam fue para la era de la navegación.

Sanders va más lejos que nadie. Su propuesta no es regular ni atraer: es capturar parte de las rentas futuras de la inteligencia artificial para distribuirlas políticamente. Un impuesto único del 50 por ciento sobre las acciones de OpenAI, Anthropic, xAI y sus pares, pagado en acciones, con el gobierno obteniendo derechos de voto y representación en sus directorios. El argumento es la equidad: los beneficios de la inteligencia artificial deben distribuirse entre todos los americanos, no acumularse en manos de unos pocos accionistas de Silicon Valley.

Tres respuestas. Tres intuiciones parciales frente al mismo temor: que la inteligencia artificial concentre demasiado poder, demasiado conocimiento y demasiada riqueza en muy pocas manos.

Tres intuiciones parciales frente al mismo temor: que la inteligencia artificial concentre demasiado poder, demasiado conocimiento y demasiada riqueza en muy pocas manos.

El problema que Amodèi identifica no es la desigualdad ordinaria. Es el desacoplamiento: que una fracci3n de la economía crezca tan rápido que los mecanismos normales de difusi3n tecnol3gica —los precios, la competencia, la imitaci3n, la movilidad— dejen de funcionar a la velocidad suficiente para integrar al resto.

¿Qué respuesta cabe desde la tradici3n liberal?

II. El diagn3stico inc3modo

Antes de responder, conviene detenerse en el argumento que hace m3s inc3moda la postura liberal: el “zeroth world” de Dario Amodèi.

Amodèi, CEO de Anthropic y uno de los arquitectos m3s lúcidos del desarrollo de la IA, no es socialista ni populista. Es uno de los empresarios que est3n construyendo esta tecnología. Y, sin embargo, en enero de este año en Davos describi3 un escenario que debería preocupar a cualquier liberal consecuente: el riesgo de que se forme un *zerothworld* de siete millones de personas en Silicon Valley que se desacopla del resto de la sociedad, con crecimiento de hasta un 50 por ciento para ese sector y desempleo del diez por ciento para el resto. Su predicci3n econ3mica es m3s fría todavía: alto crecimiento del PIB y alto desempleo al mismo tiempo, una combinaci3n que casi nunca ha existido en la historia moderna.

El problema que Amodèi identifica no es la desigualdad ordinaria. Es el desacoplamiento: que una fracci3n de la economía crezca tan rápido que los mecanismos normales de difusi3n tecnol3gica —los precios, la competencia, la imitaci3n, la movilidad— dejen de funcionar a la velocidad suficiente para integrar al resto.

¿Qué respuesta cabe desde la tradici3n liberal?

III. Lo que la historia sabe que los reguladores olvidan

La respuesta empieza por un sesgo que la economía polítca conoce bien y que reaparece cada vez que una nueva tecnología general disrumpe el orden existente: los costos son de corto plazo y tienen cara; los beneficios son de largo plazo y son an3nimos.

El cochero desplazado por el autom3vil es visible. El turista que viaj3 por primera vez en su vida gracias al autom3vil es invisible en el momento de la disrupci3n. El obrero desplazado por la m3quina de vapor tiene nombre y direcci3n. Los millones de personas que salieron de la pobreza gracias a la industrializaci3n pertenecen al futuro y no votan hoy. Bastiat lo formul3 en el siglo XIX con su imagen de la ventana rota: vemos lo que se destruye, no vemos lo que se habría creado. En materia tecnol3gica el equivalente es siempre el mismo: vemos los empleos destruidos por la IA, no vemos todavía los empleos, las curas m3dicas y las soluciones de ingeniería que la IA har3 posibles y que hoy no existen.

Este sesgo tiene una consecuencia polítca directa y predecible: siempre habr3 presi3n para regular antes de tiempo, porque los perjudicados del corto plazo est3n organizados y los beneficiados del largo plazo aùn no existen. La destrucci3n creativa schumpeteriana —que el Faro Editorial N37 desarroll3 en profundidad— no es c3moda. Es el precio del progreso. El error no est3 en reconocer ese precio, sino en pretender suprimirlo a trav3s de regulaciones que congelan el cambio en el momento m3s inconveniente: justo cuando la tecnología est3 abriendo sus posibilidades m3s amplias.

El cochero desplazado por el autom3vil es visible. El turista que viaj3 por primera vez en su vida gracias al autom3vil es invisible en el momento de la disrupci3n. El obrero desplazado por la m3quina de vapor tiene nombre y direcci3n. Los millones de personas que salieron de la pobreza gracias a la industrializaci3n pertenecen al futuro y no votan hoy.

El médico que diagnostica con IA, el agricultor que la usa para anticipar plagas, el maestro que la incorpora al aula, el ingeniero que la aplica al diseño estructural: cada uno de ellos tiene conocimiento local que ningún regulador central puede agregar.

La historia económica, desde la teoría del crecimiento de Aghion y Howitt hasta la trilogía de McCloskey sobre las virtudes burguesas, es consistente en un punto: las tecnologías de propósito general siempre parecen en su momento de mayor impacto más destructivas de lo que resultan ser, y siempre producen a largo plazo más beneficios de los que nadie anticipó. No porque el mercado sea perfecto, sino porque la competencia destruye las rentas de los pioneros, la imitación difunde las técnicas, y la dignidad económica se extiende a quienes antes no la tenían. El *zeroth world* que Amodèi teme no es inevitable. Es el resultado de instituciones que no funcionan, no del mercado que funciona.

IV. El error del planificador benevolente

La segunda respuesta liberal apunta a un error de categoría que la propuesta de Sanders comete con entusiasmo —y que, en un sentido más sutil, también puede rondar cualquier aproximación que crea posible orientar centralmente el desarrollo de la inteligencia artificial desde una autoridad moral, política o técnica.

Hayek demostró que el problema central de la organización económica no es la maldad de los agentes, sino la dispersión del conocimiento relevante. Nadie —ningún funcionario, ninguna institución internacional, ninguna comisión de expertos— tiene acceso al conjunto de información necesaria para determinar cómo debe desplegarse una tecnología tan compleja como la inteligencia artificial en los miles de contextos concretos donde tendrá impacto. El médico que diagnostica con IA, el agricultor que la usa para anticipar plagas, el maestro que la incorpora al aula, el ingeniero que la aplica al diseño estructural: cada uno de ellos tiene conocimiento local que ningún regulador central puede agregar.

El gobierno que controla el 50 por ciento de las acciones de OpenAI no tiene más conocimiento sobre cómo desplegar la IA de manera beneficiosa que el que tiene hoy. Solo tiene más poder para bloquearla, redirigirla hacia fines políticos, o preservarla de la competencia que la haría más accesible. Este argumento no es una defensa de Silicon Valley. Es una advertencia sobre la concentración de poder en cualquier mano, incluida la del Estado. El *zeroth world* de Amodèi es un problema. Pero un *zeroth world* con representación en el directorio del gobierno federal no es la solución: es el mismo problema con diferente administración.

Aquí el liberalismo clásico también debe escuchar la advertencia conservadora. No basta con afirmar que la inteligencia artificial aumentará la productividad. La libertad económica presupone personas capaces de juzgar, comunidades que transmiten criterios, familias y escuelas que forman carácter, y una cultura que no delega completamente la responsabilidad moral en sistemas automáticos. Si la IA erosiona la educación, la conversación pública, la lectura profunda o la capacidad de distinguir entre juicio humano y procesamiento estadístico, el problema no será solo económico. Será civilizacional.

Por eso, la crítica liberal al planificador benevolente no puede convertirse en indiferencia moral. El liberalismo clásico no reduce la pregunta por la IA a eficiencia, crecimiento o competencia. La libertad necesita una antropología: una idea de persona, de responsabilidad, de límite y de comunidad. En eso, la tradición conservadora y la Doctrina Social de la Iglesia recuerdan algo que el liberalismo no debe olvidar.

La libertad económica presupone personas capaces de juzgar, comunidades que transmiten criterios, familias y escuelas que forman carácter, y una cultura que no delega completamente la responsabilidad moral en sistemas automáticos. Si la IA erosiona la educación, la conversación pública, la lectura profunda o la capacidad de distinguir entre juicio humano y procesamiento estadístico, el problema no será solo económico. Será civilizacional.

El liberalismo clásico no es indiferente a las reglas. Al contrario: es apasionadamente favorable a que sean justas, claras y conocidas de antemano. Lo que rechaza es la confusión entre las dos dimensiones. Aplicada al debate de la IA, la distinción produce un programa positivo concreto.

V. Buchanan, las reglas del juego y la paradoja regulatoria

Aquí entra la distinción más útil de la tradición liberal para este debate, y la que permite salir del falso dilema entre “no regular nada” y “estatizar todo”.

James Buchanan distinguió entre intervenir en los resultados del juego —redistribuir lo que el mercado produjo, imponer precios, extraer rentas— e intervenir en las reglas del juego —definir los derechos, establecer las condiciones de competencia, fijar las responsabilidades antes de que el juego comience. El liberalismo clásico no es indiferente a las reglas. Al contrario: es apasionadamente favorable a que sean justas, claras y conocidas de antemano. Lo que rechaza es la confusión entre las dos dimensiones.

Aplicada al debate de la IA, la distinción produce un programa positivo concreto. Derechos de control, portabilidad, trazabilidad y consentimiento efectivo sobre los datos personales: los datos son hoy extraídos y monetizados bajo condiciones de consentimiento que son discutibles; establecer derechos claros no es estatismo, es construcción institucional básica. Responsabilidad civil por daños algorítmicos: evaluar extender las reglas ordinarias del derecho de daños a ciertas situaciones en que los algoritmos que toman decisiones sobre crédito, empleo o salud no es frenar la innovación, es hacer que sus creadores internalicen sus costos. Competencia real en lugar de regulación que consolida incumbentes: en esto la evidencia reciente es elocuente —la Unión Europea debió postergar en mayo de 2026 los plazos más exigentes de su AI Act precisamente porque la carga regulatoria solo era soportable por las grandes empresas que ya dominan el mercado.

La regulación diseñada para proteger a los usuarios terminó protegiéndolos a ellos de la competencia. Natalia González ya identificaba esta trampa en el Faro en Debate N°30: el *padding problem* no es solo que la ley va detrás de la tecnología, sino que cuando llega puede hacer más daño que el problema que pretendía resolver.

Esta es la paradoja regulatoria que el liberal clásico debe articular con claridad: al intentar mitigar riesgos de corto plazo, la intervención prematura puede reducir significativamente los beneficios de largo plazo que son precisamente los que difunden la tecnología hacia el resto de la sociedad. Hayek tenía un nombre para el sesgo que lleva a esa trampa: la pretensión del conocimiento. El regulador no solo no sabe cómo desplegar la tecnología; tampoco sabe cuándo ni cómo regularla.

Pero aquí el liberalismo clásico también debe escuchar la advertencia libertaria. La inteligencia artificial exige reglas, pero no puede quedar atrapada en una burocracia preventiva que transforme cada riesgo hipotético en un permiso previo. Muchas veces el problema no es que falten regulaciones, sino que sobran regulaciones mal diseñadas, permisos redundantes y barreras de entrada que protegen a los incumbentes. La audacia argentina de Milei identifica algo real: las jurisdicciones competirán por atraer inteligencia artificial, talento, capital y capacidad computacional. Chile no puede responder a esa competencia solo con prudencia. Necesita velocidad institucional.

La crítica liberal clásica a Milei no debe ser, entonces, una crítica a la experimentación institucional. Debe ser una crítica a la irresponsabilidad jurídica. Sí a la competencia regulatoria. Sí a los incentivos. Sí a los espacios de prueba. Sí a la libertad de emprender. Pero cuidado con corporaciones sin accountability real, o vacíos institucionales donde nadie responde por los daños, nadie puede reclamar sus derechos y nadie sabe quién tomó una decisión automatizada que afectó su vida.

La inteligencia artificial exige reglas, pero no puede quedar atrapada en una burocracia preventiva que transforme cada riesgo hipotético en un permiso previo.

Pero poder estructural no es lo mismo que poder efectivo. Para convertir el uno en el otro se necesita lo que Chile todavía no tiene: una posición deliberada en el debate institucional global de la inteligencia artificial.

Esta es la diferencia entre el liberalismo clásico y el laissez faire sin más. El liberal clásico no dice “que el mercado haga lo que quiera”. Dice: primero construyamos las reglas básicas que hacen que el mercado funcione para todos, y hagámoslo con la humildad de quien sabe que el largo plazo es siempre más rico que el corto.

VI. Chile: poder estructural sin posición

Hasta aquí el debate global. Pero este editorial no sería fiel a la misión de Faro UDD si no aterrizará en la pregunta que más nos importa: ¿dónde está Chile en todo esto?

La respuesta es inquietante. Chile lidera en condiciones institucionales para la inteligencia artificial según el Índice Latinoamericano de Inteligencia Artificial 2025 —el ILIA, elaborado por CENIA y la CEPAL—: las reglas, el talento, la infraestructura regulatoria. Y, sin embargo, aparece rezagado en algunas dimensiones de uso productivo efectivo. Es como tener la cancha mejor equipada de la región y no jugar el partido.

Hay más. Los data centers que hacen funcionar la inteligencia artificial consumen cobre. Los chips que procesan sus algoritmos requieren litio. Chile posee ambos en cantidades que ningún otro país de la región puede igualar. El cobre chileno está literalmente dentro de los cables y los servidores donde corre la IA que el mundo debate. Eso es poder estructural en el sentido más concreto del término.

Pero poder estructural no es lo mismo que poder efectivo. Para convertir el uno en el otro se necesita lo que Chile todavía no tiene: una posición deliberada en el debate institucional global de la inteligencia artificial.

No una postura —las posturas abundan— sino una posición: un conjunto coherente de propuestas sobre derechos de datos, marcos de responsabilidad, estándares de competencia y transferencia tecnológica que Chile pueda llevar a los foros donde estas reglas se están escribiendo hoy.

Esa posición podría comenzar con cinco decisiones concretas. Primero, establecer derechos claros de control, portabilidad y consentimiento efectivo sobre datos personales, sin crear una burocracia imposible de cumplir. Segundo, definir un régimen de responsabilidad civil proporcional al riesgo para sistemas de IA que afecten crédito, empleo, salud, educación o acceso a servicios esenciales. Tercero, crear sandboxes regulatorios para aplicaciones de IA en salud, educación, minería, energía y servicios públicos, permitiendo experimentar bajo reglas claras y supervisión acotada. Cuarto, diseñar una política de competencia para infraestructura crítica de IA, incluyendo acceso a capacidad computacional, interoperabilidad, estándares abiertos y prevención de barreras artificiales de entrada. Quinto, construir una estrategia nacional de cómputo, energía, cobre, litio y talento avanzado, conectando la ventaja minera chilena con la nueva infraestructura digital global.

La audacia argentina expone la timidez estructural chilena. El modelo de Milei —con todos sus riesgos— nació de actores privados que llegaron al ejecutivo con una propuesta concreta. Chile necesita empresarios que lleguen al Congreso y al gobierno con un proyecto de marco legal para la inteligencia artificial. No con una carta pidiendo que no regulen. Con un proyecto, y un proyecto que esté anclado en la libertad de emprender y en el compromiso con el cumplimiento de las reglas.

Chile necesita empresarios que lleguen al Congreso y al gobierno con un proyecto de marco legal para la inteligencia artificial. No con una carta pidiendo que no regulen. Con un proyecto, y un proyecto que esté anclado en la libertad de emprender y en el compromiso con el cumplimiento de las reglas.

La inteligencia artificial no exige abandonar el liberalismo clásico, sino actualizarlo en su mejor versión: libertad para experimentar, reglas generales para competir, responsabilidad por los daños, límites al poder concentrado y una comprensión moral de la persona que impida confundir progreso técnico con progreso humano.

Pero ese proyecto no puede ser una importación mecánica del libertarismo tecnológico ni una versión chilena de la planificación industrial clásica. Debe ser una propuesta liberal institucional: reglas generales, experimentación, responsabilidad, competencia, límites al poder concentrado y velocidad suficiente para no llegar tarde.

Conclusión: ¿qué país queremos ser?

Las grandes decisiones sobre la arquitectura institucional de la inteligencia artificial se están tomando ahora. El Papa las enfrenta con el instrumental de la antropología cristiana y con la Doctrina Social. Milei con la audacia del emprendedor institucional. Sanders con la certeza del redistribuidor. Los tres saben que algo decisivo está en juego.

El liberalismo clásico tiene las herramientas para articular una respuesta mejor que las tres: más precisa que la encíclica en sus mecanismos, más rigurosa que Milei en sus reglas, más honesta que Sanders sobre los límites del Estado como gestor de conocimiento disperso. Pero para hacerlo debe estar dispuesto a aprender de lo que cada tradición ve con mayor claridad. Del pensamiento conservador, la centralidad de la persona, la prudencia y la cultura. Del libertarismo, la audacia, la competencia jurisdiccional y la desconfianza frente al poder estatal. De su propia tradición, el valor de las reglas generales, la responsabilidad individual, la competencia abierta y la humildad ante el conocimiento disperso.

La inteligencia artificial no exige abandonar el liberalismo clásico, sino actualizarlo en su mejor versión: libertad para experimentar, reglas generales para competir, responsabilidad por los daños, límites al poder concentrado y una comprensión moral de la persona que impida confundir progreso técnico con progreso humano.

Pero hay una pregunta que ninguno de los tres formula directamente, y que es la más importante para los que vivimos en este extremo del mundo: ¿qué país queremos ser en la era de la inteligencia artificial? No es una pregunta técnica ni regulatoria. Es una pregunta constitutiva —del mismo orden que las que se hacen los países cuando construyen sus instituciones fundamentales. La respuesta que demos, o que dejemos de dar, definirá si Chile convierte su poder estructural en liderazgo efectivo, o si asiste desde la tribuna a que otros escriban las reglas del juego del siglo.

Tenemos cobre, litio, talento e instituciones comparativamente fuertes. También tenemos baja productividad, lentitud regulatoria, escasa inversión privada en I+D y una preocupante tendencia a discutir tarde los cambios que definirán el futuro. Lo que falta no es solo capacidad. Es determinación, ideas, instituciones y líderes.

Las grandes decisiones sobre la arquitectura institucional de la inteligencia artificial se están tomando ahora. El Papa las enfrenta con el instrumental de la antropología cristiana y con la Doctrina Social. Milei con la audacia del emprendedor institucional. Sanders con la certeza del redistribuidor. Los tres saben que algo decisivo está en juego. El liberalismo clásico tiene las herramientas para articular una respuesta mejor que las tres: más precisa que la encíclica en sus mecanismos, más rigurosa que Milei en sus reglas, más honesta que Sanders sobre los límites del Estado como gestor de conocimiento disperso. Pero para hacerlo debe estar dispuesto a aprender de lo que cada tradición ve con mayor claridad.